

me primitivo. La aridez brutal del desierto repite y amplifica otros paisajes interiores. Auster pone a sus personajes en movimiento dentro de una lógica espacial articulada en estancias cerradas y espacios abiertos, secretos ocultos y confesiones públicas. La tarea de guiar a un ciego por las calles de Manhattan supone una lección inolvidable para Marco Fogg, el protagonista: «Empecé a considerarlo un ejercicio espiritual, un proceso en el que me entrenaba para mirar el mundo como si lo estuviera descubriendo por primera vez. ¿Qué ves? Y si ves, ¿cómo lo expresas con palabras?». El enigma parece mantenerse vivo. Podemos ver cosas, pero: «¿Podemos ver una historia?»

*La música del azar*, publicada en 1990, supone una respuesta contundente a esta pregunta. Sí, Paul Auster puede sin duda olfatear una buena historia y esculpirla en palabras. Vivir con la soga al cuello, la vida más allá de la vida, cruzar fronteras invisibles e ingresar en ámbitos inesperados: ésta es aproximadamente la temática de *La música del azar*. Una persona trata de reinventar su vida, vagabundea durante meses en coche por América y comienza a asumir riesgos excesivos ... La secuencia de sucesos se ve, de repente, interrumpida por un acontecimiento insospechado. El argumento se ajusta al consejo aristotélico para la tragedia: una buena persona cae debido a un error personal. Pero el narrador omnisciente lee más lejos: «Lo importante era mantenerse inescrutable, levantarse una muralla alrededor y no dejar que nadie entre a verificar». La muralla china de Kafka es construida de nuevo en un jardín privado no demasiado lejos de Manhattan. Walter Raleigh regresa a la torre en los campos de Pennsylvania. La novela funciona como una máquina de precisión psicológica, como un aparato narrativo de tortura, como un generador de ansiedad. Es muy posible que la última película de Kubrik, *Eyes Wide Shut*, provocase un chispazo de reconocimiento en más de un lector de esta excelente novela. *Leviatán*, publicada en 1992, es, como indican su hobbesiano título y la cita inicial de Emerson («Todo Estado real está corrompido»), un experimento narrativo de teoría política. El pícaro, el jugador, es ahora un terrorista que planea hacer estallar la Estatua de la Libertad. El texto de Thoreau, *Sobre la desobediencia civil*, es el evangelio que alimenta esta novela singular, escrita con pulso enérgico y prosa trepidante. Una exhibición narrativa de quien bien sabe que «nunca sabemos nada de nadie». Bajo la corteza ideológica de la novela late un enigma metaliterario: ¿es posible narrar la historia de otra persona? ¿hasta dónde podemos llegar en la exploración de los secretos ajenos?

Auster regresa así al juego biográfico del escondite, a la experiencia torcidamente confesional de *La habitación cerrada*. Una persona te narra un secreto y te transfiere un trozo de culpa. ¿Qué puede uno hacer después? Éste es el problema del *Geheimnisträger*, del portador del secreto, que no es sino la aporía del detective literario, actor versado en máscaras, nunca del todo libre de sus vidas secundarias. Y de nuevo Hawthorne y Melville entre bambalinas, de nuevo, en términos de Harry Levin, «el poder de la negrura». Y de nuevo el consejo aristotélico: la literatura, ni verdadera ni falsa, trata sobre aquello que podría ser: «Las explosiones convirtieron a Nueva York en una ciudad espectral, una metrópolis cercada (...) y de vez en cuando sentía como si los edificios de Manhattan estuvieran a punto de ser arrancados de sus raíces, sustraídos del suelo para nunca volver». Una historia que, lamentablemente, nos suena y nos resuena.

Con *Mister Vértigo* (1994) Auster regresa a la atmósfera picaresca de *El palacio de la luna*. Dos veces al menos, en *Leviatán y Timbuktú*, y quizás en más ocasiones, Paul Auster ha empleado la expresión coloquial «el cielo es el límite». *Mister Vértigo* es un intento de verificar este dicho. El protagonista es aquí un niño-pájaro, un levitador, y la historia tiene lugar en los años veinte. La novela vuelve a rondar viejas obsesiones, como el ascetismo monástico, los rigores de la autoconfianza, la disciplina, la madurez de un joven artista, aunque exhibe combinaciones novedosas de humor y ternura. El lector percibe la presencia de *Huckleberry Finn*, y quizás analogías con *Siddharta* y *El juego de los abalorios*. Y quizás, aunque ya en el trasfondo, la influencia de la *Ética* de Spinoza. En *El cuaderno rojo*, publicada en 1995, Auster explora aún más la frontera incierta entre vida y ficción. Se trata de una colección de trece relatos brevísimos, elegantes, precisos, que poseen la cualidad adicional de ser historias reales, sucesos que realmente le ocurrieron a Paul Auster. Los italianos dicen de una buena historia que *se non è vero è ben trovato*. Pues bien, *El cuaderno rojo* cumple ambas expectativas: todo lo que en las historias sucede está *ben trovato* y es *vero*. En su novela *En el país de las últimas cosas*, la voz narrativa de Anna Blume susurra una perogrullada aparente: «La memoria, después de todo, no es un acto de la voluntad. Es algo que sucede a pesar de uno.» Quizás sea esto lo que Paul Auster se vio obligado a aceptar al cumplir los cincuenta años y sentarse a escribir *A salto de mata* (1995), subtítulo *Crónica de un fracaso precoz*. No creo que haya un solo lector de Auster que no adore este libro. No se

trata sólo de un golpe de fresca sinceridad, de un documento atinado de los tiempos. Funciona asimismo como una solución para muchos de los crucigramas que el escritor nos había propuesto en muchas de sus novelas anteriores.

En *Timbuktú* (1999) Auster hace opulenta exhibición de su lealtad a Cervantes. El héroe de la novela es un intempestivo caballero errante, y su acompañante bien podría ser uno de los perros humanizados de *El Coloquio de los perros*. Pero también escuchamos a Poe, a Jack London, y quizás a Ferlinghetti. La vida, de nuevo en esta novela, se experimenta y proclama con la soga al cuello. Y la esperanza se emplaza de nuevo al resultado de un largo viaje en busca de un personaje redentor. Pero la salvación está ahora en otra parte, no ya Central Park o el corazón indio de América. La salvación está en Timbuktú: «Allí donde termina el mapa de este mundo, allí comienza el mapa de Timbuktú. Para llegar allí tuviste aparentemente que recorrer a pie un inmenso reino de calor y arena, un ámbito de nada eterna». Así es, como lo es que Granada fue y es el trampolín histórico de un emocionante viaje repetido a ese irrepitible lugar de África. Granada está, en cierto extraño modo, entre Nueva York y Timbuktú. Así que tiene más sentido, si cabe, verle a usted por aquí.

Paul Auster es también el autor de tres guiones cinematográficos, correspondientes a tres películas, *Smoke*, *Blue in the Face* y *Lulu on the Bridge*, que también dirigió. Sus dos proyectos literarios más recientes han sido la edición de *Pensé que mi padre era Dios. Relatos verídicos de la vida americana* y *El libro de las ilusiones*. Traducido a más de veintidós lenguas, admirado por miles de lectores fieles, Paul Auster es la prueba viva de que la literatura de calidad y el éxito popular no están reñidos. Sólo hace falta talento. Y a Auster le sobra. Paul Auster ha logrado fabricar un mundo artístico propio, algo que no logran muchos grandes escritores. Aprender a reconocer una situación como «austeriana» exige tan sólo dos horas de inmersión en una de sus novelas. Una situación austeriana puede ser recibir una llamada de teléfono equivocada, toparse con un viejo amigo que te cuenta una historia dramática, enterarse de que un conocido se condena inexplicablemente a una soledad inmerecida, o de que tu vecino, un modesto vendedor de aspiradoras, es capaz de desertar su vida y apostar su existencia completa a una sola carta. Una situación noausteriana o inausteriana es quizás más corriente. Por ejemplo, ésta. Sentarse frente a un público expectante mientras un tipo nervioso diserta torpemente sobre

los libros de uno. Aunque puede que haya algo peor aún: tener uno mismo que explicarlos.

—*¿Podría decirnos algo sobre su nueva novela, El libro de las ilusiones?*

—Muchas gracias por esa descripción amable y generosa de mi propia vida. Me cuesta reconocerme en esas palabras. Este nuevo libro que he publicado, *El libro de las ilusiones*, ha ido creciendo en mi interior durante muchos años. Quizás algunos de ustedes ya lo hayan leído. Trata de diversas personas a la vez, pero en el corazón del libro hay un actor de cine mudo, llamado Hector Mann, que hizo algunas películas en los años veinte y luego desapareció misteriosamente.

Vi a Hector Mann hace unos doce años, o trece, y estaba ya totalmente formado con sus pequeño bigote negro y su traje blanco, pero no sabía realmente qué hacer con él. Y Hector me acompañó durante muchos años. Pensaba que quizá algún día yo me sentaría a escribir algunos cuentos que correspondieran a las películas mudas que él hizo, y como sabe todo el que lo ha leído, el libro creció poco a poco hasta convertirse en algo bastante más complejo.

—*Al leer el libro me pareció que existían paralelismos no tanto con novelas como con algunas películas recientes sobre la estetización del fracaso, como Ed Wood de Tim Burton y la película de Woody Allen sobre el guitarrista de jazz, Sweet and Lowdown (Acordes y desacuerdos). ¿Considera que, si no una influencia, sí hay al menos la sensación de trabajar en parámetros similares?*

—No, no lo creo. No me refería a esas películas ni pensaba en ellas en absoluto. Quiero decir, en fin, la película de Tim Burton... era estupenda, una pieza muy divertida, me gustó mucho. Pero trata sobre una persona real que no tenía ningún talento. De hecho, Ed Wood es conocido como el peor director en la historia de Hollywood, mientras que Hector es un hombre de gran talento que se ve arrastrado a ciertas catástrofes personales que hacen que su carrera termine de manera abrupta, justo en el momento mismo que comienza. La obra que realiza después de su desaparición es un juego atormentado que entabla consigo mismo. Un hombre de gran conciencia, más duro consigo mismo de lo que creo que somos la mayoría de nosotros, hace un pacto